

DAVID PASCUAL

SLAM:

A PELO

Segunda parte

SLAM: A PELO
Segunda parte

© David Pascual

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser
realizada
con autorización de sus titulares.

Primera edición

*Para todos los que alguna vez pusieron las
llaves sobre la mesa
y tardaron demasiado en llegar hasta ella.*

*"El abuso no siempre llega con ruido.
A veces llega en voz baja,
con mucho cuidado,
disfrazado de amor."*

ÍNDICE

PARTE I	8
CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	21
CAPÍTULO 3	32
CAPÍTULO 4	39
CAPÍTULO 5	46
PARTE II	52
CAPÍTULO 6	53
CAPÍTULO 7	59
CAPÍTULO 8	63
CAPÍTULO 9	69
CAPÍTULO 10	73
CAPÍTULO 11	78
CAPÍTULO 12	83
PARTE III	88
CAPÍTULO 13	89
CAPÍTULO 14	93
CAPÍTULO 15	98
CAPÍTULO 16	102
CAPÍTULO 17	105
CAPÍTULO 18	108
CAPÍTULO 19	110
CAPÍTULO 20	114
CAPÍTULO 21	118

PARTE IV	122
CAPÍTULO 22	123
CAPÍTULO 23	126
CAPÍTULO 24	130
CAPÍTULO 25	134
CAPÍTULO 26	138
CAPÍTULO 27	142
CAPÍTULO 28	146
CAPÍTULO 29	149
PARTE V	151
CAPÍTULO 30	152
CAPÍTULO 31	155
CAPÍTULO 32	159
CAPÍTULO 33	163
CAPÍTULO 34	167
CAPÍTULO 35	171
CAPÍTULO 36	174
CAPÍTULO 37	177
CAPÍTULO 38	182
EPÍLOGO	186
UN AÑO DESPUÉS	187
NOTA DEL AUTOR	193

SLAM: A PELO Segunda parte David Pascual

Para todos los que alguna vez pusieron las llaves sobre la mesa y tardaron demasiado en llegar hasta ella.

"El abuso no siempre llega con ruido. A veces llega en voz baja, con mucho cuidado, disfrazado de amor."

PARTE I

BERLÍN

CAPÍTULO 1

Hay mañanas en las que Madrid huele a cosa nueva. No sé explicarlo mejor que eso. Pasa sobre todo en octubre, cuando el verano ya no da más de sí y la ciudad acepta que tiene que cambiar de ropa. Una brisa que no es fría del todo pero que ya avisa. El olor a tierra mojada mezclado con aceite de la cafetería de abajo. Las palomas haciendo su circo en el alféizar. Y yo, de pie en la cocina con los calcetines finos del día anterior, esperando a que el café terminara de caer.

Hacía exactamente un año que Manu no estaba.

No lo digo para que suene dramático. Lo digo porque ese dato tiene peso. Un año es el tiempo que tarda el mundo en dar una vuelta completa sin alguien, y cuando termina esa

vuelta te das cuenta de que ya has vivido las primeras veces sin esa persona: el primer cumpleaños, la primera Navidad, el primer verano, la primera vez que marcaste su número sin querer y te quedaste mirando la pantalla como un idiota. Un año y ya has sobrevivido a todo eso. No sé si eso es un logro o simplemente el funcionamiento básico de estar vivo. Supongo que las dos cosas.

Trabajaba tres mañanas a la semana en Pausa, una asociación de reducción de riesgos en el barrio de Chueca. Repartíamos condones, jeringuillas limpias, folletos informativos. Escuchábamos. Esa última parte era la más importante y también la que más gente menospreciaba: escuchar de verdad, sin cara de lástima, sin ese gesto de "pobrecito" que hace que la persona que tienes delante se sienta todavía más sola. Yo había aprendido eso a las malas, durante años en los que fui el pobrecito de turno y no quería que nadie me mirara así.

Me había enganchado al voluntariado después de lo de Berlín. Después de lo de Manu, más bien. Necesitaba que mis horas

tuvieran algún sentido concreto, algo que pudiera medir al final del día: hoy hablé con cuatro personas, hoy entregué veintidós preservativos, hoy alguien me contó algo que no le había contado a nadie. Ese tipo de logros pequeños que no aparecen en ningún currículum pero que te permiten dormir con la conciencia más o menos en paz.

Esa mañana tenía turno a las diez. Quedaban cuarenta minutos. Me bebí el café de pie, como siempre, mirando por la ventana la calle Pelayo. Abajo, un hombre sacaba a un galgo muy delgado. El perro olía el suelo con esa concentración absoluta que tienen los perros, como si el mundo entero estuviera contenido en esa acera. A veces los envidio.

Mi móvil vibró sobre la encimera.

No lo miré de inmediato. Había aprendido a no mirar el móvil de inmediato. Otra cosa que tardas un año en aprender: que la mayoría de las notificaciones no son urgentes, y que la urgencia que les das es una costumbre, no una necesidad. Lo había leído en algún sitio, probablemente en uno de esos libros de autoayuda que Lola me metía en la mochila

cuando no miraba, envueltos en papel de aluminio como si fueran sándwiches.

Terminé el café.

Puse la taza en el fregadero.

Lo miré.

Era una notificación de Instagram. El icono azul con la cámara estilizada. Debajo, el texto de previsualización:

danielvallpsi ha visto tu historia.

Me quedé con el móvil en la mano durante un tiempo que no supe calcular. El café que acababa de tomarme hizo un movimiento raro en el estómago, como cuando coges una curva demasiado rápido. No era náusea. Era reconocimiento. Ese tirón en algún lugar entre el pecho y la tripa que te avisa de que algo que creías dormido acaba de abrir los ojos.

Daniel Valls.

Cuatro sílabas que no habían ocupado espacio en mi cabeza en mucho tiempo. O eso me había dicho a mí mismo. Que ya no ocupaban espacio. Que era historia antigua, de antes de Berlín, de antes de que yo

empezara a entender ciertas cosas sobre mí mismo. Uno de esos hombres que pasan por tu vida en el momento equivocado, o quizás en el momento en que aún no estás listo para nada.

Habíamos coincidido hacía un par de años en una fiesta en Malasaña. Era amigo de un amigo de Mati, o algo así, esa cadena de conocidos que en Chueca se reduce hasta hacerse un pañuelo. Me acuerdo de que llevaba una camisa azul marino con las mangas subidas hasta el codo y que olía a algo caro que no supe identificar. Psicólogo, me dijo cuando le pregunté a qué se dedicaba. Clínico. Y yo, que en aquel momento estaba pasando por una época de "me hago el interesante en las fiestas", le dije que eso debía de ser agotador, vivir con las cabezas de los demás dentro de la tuya propia.

Se rio. Y me miró de una manera que me hizo sentir muy visto. Demasiado visto, quizás, pero en ese momento solo sentí lo primero.

Nos acostamos dos veces. Tres, si contamos la segunda noche como dos

episodios distintos, que era discutible. Y después, de manera gradual y sin drama, dejamos de escribirnos. O más exactamente: yo dejé de contestar porque siempre había algo más urgente, y él dejó de insistir porque tenía la clase de orgullo que no permite insistir. Y punto. Esas cosas pasan. En este mundo pasan constantemente y nadie se muere por ello, salvo en las canciones de Alejandro Sanz.

Y entonces llegó Berlín. El Folsom Europe. Mati, Andrés y yo bailando en la Pig Party sin que importara nada de lo que había pasado ese año, con Manu flotando en algún lugar entre la música y el humo de máquina, y justo en el momento en que empezaba a sentirme casi entero, el móvil vibró con un mensaje.

Un mensaje suyo.

De Daniel.

"Estoy aquí también. ¿Tomamos algo?"

Así. Sin preámbulo. Sin el "hola, cuánto tiempo" de rigor. Como si hubiéramos quedado y yo llegara tarde.

No le contesté esa noche. Ni la siguiente. Guardé el mensaje en algún cajón mental

donde guardas las cosas que no sabes qué hacer con ellas, y volví a Madrid con una maleta llena de ropa sucia y la sensación vaga pero real de haber sobrevivido a algo.

Eso fue hace un año.

Y ahora su perfil había visto mi historia. Una historia donde yo salía de espaldas mirando la calle, porque había despertado con ganas de documentar el olor a octubre sin saber muy bien por qué.

Me guardé el móvil en el bolsillo.

Me até los zapatos.

Y fui a trabajar.

* * *

Lola estaba ya en Pausa cuando llegué, reorganizando el almacén de material con esa energía suya de quien no tiene tiempo que perder ni paciencia para los que sí lo tienen. Lola era la coordinadora de voluntarios. Treinta y cuatro años, el pelo rapadísimo por un lado y largo por el otro, unos pendientes de aro tan grandes que yo siempre pensaba que alguien los usaría para escapar de la cárcel

colándose por ellos. Llevaba en la asociación más tiempo que nadie y sabía más sobre reducción de riesgos —y sobre la condición humana en general— que la mayoría de los psicólogos con los que yo había hablado en mi vida.

Eso pensé. Psicólogos. Y sonreí sin querer.

—¿De qué te ríes? —me preguntó sin levantar la vista de la caja de preservativos que estaba contando.

—De nada. Buenos días.

—Son las diez y cuarto.

—Buenos días.

Me miró por encima del hombro con esa expresión suya de "en algún momento me lo contarás". Lola tenía la habilidad de leer los silencios mejor que la mayoría de la gente leía las palabras. Al principio eso me ponía nervioso. Luego aprendí que era una ventaja: con Lola nunca tenías que esforzarte demasiado en contarle las cosas, porque tarde o temprano ella ya lo sabía.

—Mañana es el aniversario —dije, porque era lo más sencillo de decir y porque además era verdad.

Lola dejó la caja un momento. Asintió.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Hice una pausa—. Raro. Bien y raro a la vez.

—Eso es estar bien, Marcos. La versión honesta.

Colgué la mochila en el gancho y fui a lavarme las manos. Por el pasillo estrecho del local escuché a Lola reanudar el conteo en voz baja, murmurando números como si fueran un mantra.

Durante las dos horas siguientes atendimos a seis personas. Un chico de unos veinticinco años que venía por primera vez y no levantaba la vista del suelo. Una mujer trans de mediana edad que era casi una veterana de la asociación, que siempre traía galletas de mantequilla y que te contaba sus cosas con la misma naturalidad con que otro te contaría el tiempo. Un hombre mayor que pidió lo que necesitaba sin decir nada más y se fue. Y tres más, cada uno con su historia y su forma de estar en la sala de espera, que en Pausa no tenía sillas de plástico alineadas como en un médico sino un sofá viejo pero limpio y una

mesita con revistas que nadie leía pero que daban cierta sensación de normalidad.

A las doce menos cuarto, mientras yo rellenaba el registro de materiales entregados, Lola apareció en el marco de la puerta.

—Hay algo que no me has contado —dijo.

—Hay muchas cosas que no te he contado. Soy un pozo de misterio.

—Marcos.

Suspiré. Puse el bolígrafo sobre la mesa.

—Me ha visto la historia de Instagram alguien de hace tiempo.

—¿Alguien de hace tiempo? ¿Quién?

—Un tipo. Un psicólogo. Nos acostamos un par de veces antes de Manu, antes de todo. Y me mandó un mensaje en Berlín, en el Folsom, que no contesté.

Lola se apoyó en el marco de la puerta. Cruzó los brazos. Me miró de esa manera suya que no es un juicio, pero lo parece.

—¿Y?

—Y ha visto mi historia. Esta mañana. Por eso me he reído sin querer cuando he llegado.

—¿Vas a contestarle?

—No sé.

—Marcos.

—En serio que no sé.

Ella guardó silencio un momento. Luego dijo, muy tranquila:

—Los mensajes de Instagram no se ven solos. Hay que buscarlo activamente, hay que entrar en el perfil, hay que ver las historias con intención.

Me quedé mirándola.

—Lo que quiero decir —continuó— es que ese hombre sabe lo que hace. Un psicólogo sabe perfectamente el efecto que tiene aparecer después de un año de silencio. Lo llaman reencuadre, o reapertura de contacto, o como quieran llamarlo en los manuales. Pero lo que significa es que ha decidido que este es el momento de que tú pienses en él.

—Eso es mucho análisis para una simple vista de historia.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. O puede que tengas razón. Solo lo digo.

Me volví hacia el registro y retomé donde lo había dejado. Lola se fue por el pasillo. Desde allí la escuché abrir y cerrar cajones con su

ritmo habitual, sin más urgencia que la de siempre.

Pero la frase se me quedó dentro, dando vueltas.

Ha decidido que este es el momento de que tú pienses en él.

A las seis de la tarde, sentado en mi sofá con las zapatillas quitadas y la tele encendida, pero sin volumen, abrí Instagram.

Entré en el perfil de danielvallspsi.

Foto de perfil: un hombre de cuarenta años, más o menos, con barba de tres días muy cuidada y esa clase de sonrisa que parece espontánea pero que sabes —o debería saber— que nadie tiene espontáneamente delante de una cámara. Ochocientos y picos seguidores. Psicólogo clínico. Especialista en trauma y vínculos afectivos. Consulta en Madrid y online.

Deslicé hacia abajo. Fotos de libros, de conferencias, alguna en la que salía con otros profesionales. Una donde se veía la ciudad de Berlín al fondo, el Fernsehturm, la torre de televisión, en lo que debía de ser el Folsom porque había tipos con arneses y cuero en los

márgenes de la imagen. Hacía un año, según la fecha.

Y debajo de esa foto, en los comentarios, uno de un usuario que reconocí porque era el mío. Lo había dejado cuando estaba borracho, esa noche en Berlín, poco antes de que él me mandara el mensaje.

Decía: "*Berlín* □□□□"

Y él le había dado like.

Cerré la aplicación.

Apagué la tele.

Me fui a la cama a las nueve y cuarto, que es la hora a la que se va a la cama la gente que no sabe muy bien qué hacer consigo misma.

CAPÍTULO 2

Lo que ocurrió en Berlín necesita ser contado de verdad, no como ese tipo de recuerdo que uno resume en dos frases cuando le preguntan. Fue hace un año justo y tengo la sensación de que, si no lo cuento ahora, con todos sus bordes, se va a quedar para siempre en esa zona vaga donde viven las cosas que no terminamos de procesar.

Llegamos un jueves por la tarde. Mati, Andrés y yo. El vuelo desde Barajas duró dos horas y pico y los tres dormimos de manera intermitente, ese sueño de avión que no descansa, pero ocupa el tiempo. Andrés había conseguido los billetes a un precio que nunca me quiso decir exactamente, lo cual significaba o que eran muy baratos o que muy caros, con él nunca sabías. Mati llevaba una bolsa de snacks que comió él solo porque

nosotros no teníamos hambre y él siempre tenía hambre, era una de sus constantes.

El Folsom Europe. Si no lo conoces y tienes curiosidad, es un festival fetish que ocurre cada año en Berlín, en el barrio de Schöneberg, que es el barrio gay de la ciudad. Miles de personas de toda Europa y del mundo yendo por la calle con arneses, cuero, uniformes y cualquier cosa que en otro contexto haría que te miraran raro. Y de repente no te miran raro. De repente eres uno más. Para mí, que siempre había tenido una relación complicada con la visibilidad y con tomar espacio, fue algo parecido a respirar en un sitio donde el aire tiene la presión correcta.

Pero no íbamos solo al Folsom. Íbamos por Manu.

Manu había querido ir al Folsom el año anterior y no había podido. Primero porque no tenía dinero, luego porque tuvo un episodio, luego porque ya no estaba. El plan había sido de él originalmente, uno de esos planes que anuncias con entusiasmo en un grupo de WhatsApp a las dos de la mañana y que todo el mundo da por hecho que no van a cuajar.